

XIV

Después de darle un abrazo a mi madre, pues yo no falté jamás a ese deber, como un loco, afectando la calma que no tenía, y después de cenar a toda prisa, despedíme de ella con un abrazo que, sin duda, atribuiría a mi dicha de que aquella fuera ya la última noche antes de la suprema, y de una carrera llegué hasta mi paraíso, que yo creía perdido.

Allí, esperando a que la "señorita" bajara al saloncito de costumbre, procuré reponerme un poco de mí emoción, adoptando una actitud, al mismo tiempo que, mediante una discreta tos en la palma de la mano, preparábame una voz adecuada. Creía yo haberlo logrado por lo menos en parte; pero en cuanto ella entró, todo mi andamiaje de sangre fría y de serenidad se vino abajo en una emoción sin igual, cuya súbita expresión salpicó de ilógicas exclamaciones y casi de sollozos el discursito que tenía preparado. Mi historia, contada de aquel modo, empezó por desconcertarla, me la hizo repetir una y dos veces, y su remate, a vueltas de evidentes lágrimas, que ella compartía cada vez más, según iba comprendiendo mejor mi relato a medida que se lo reiteraba, y que ella me ocultaba mal, fué esto, que murmuraba aun, ¡oh, muy

débil en mi agitado, en mi tumultuosamente contradictorio fuego interior!

—¡Es imposible, es de todo punto imposible! Imposible, sin duda alguna, pero seguro, ¡oh, sí, y tan seguro!, y le enseñé un periódico que había comprado de paso al ir a su casa.

Entonces afligióse, ¿lo diré?, hasta el llanto, lo que a mi vez, me hizo llorar. Abandonéme a la mayor exaltación, y después de infinitas lamentaciones recíprocas cayendo de rodillas y con la cabeza casi en la falda de su bata blanca muy lisa, que agrandaba un tanto su pequeña estatura, y angelizaba un poco también su cuerpo más bien ligeramente dispuesto a llenarse de carnes concluí por atreverme a hacerle comprender —¡oh, con cuántas precauciones!—, aunque quizá desde la noche del beso estuviese ella más instruída acerca de lo que la aguardaba en el matrimonio, que sería cruel, inhumano para ella y perjudicial para ambos, pasase lo que pasase, y en el caso de que al día siguiente no quisiesen, arreglo a los términos del imperial decreto, concedernos la fórmula de unión tanto tiempo esperada, que ella no me concediese antes de incorporarme yo a mi regimiento, cuanto yo le pidiera, aunque fuese aquello complementario de que le hablara en mi último envío de versos. Ella me prometió todo lo que yo quise, y confiado en su palabra, cuya fidelidad

me constaba, alcéme del suelo más firme y más rezuelto al bien, volví a recobrar mi serenidad, y después de darle un beso en su manecita algo febril, despedíme de ella en no sé qué estado, a la vez alegre y afligido; pero "bien", en suma.

Noche muy tranquila, sin sueños, ¡Despertar temprano, más bien alegre que otra cosa! En el fondo tenía yo una hermosa esperanza, una certidumbre; ¡qué certidumbre en el corazón y en los sentidos! "En todo caso", saldría aquello bien. Pues aunque yo estuviese enamorado podía contar con el cumplimiento de su más directo deseo, era yo también patriota, y... sí,

Parta

Morir por la patria

mediante un amor satisfecho, que tiene uno medido en la cabeza y en la masa de la sangre, parecíame verdaderamente bello y bueno...

Mi madre y yo llegamos a la calle de Nicolet una hora antes de que tres coches fuesen por "la boda", compuesta de nuestros cuatro padrinos, que eran: un médico mayor, antiguo amigo de mi familia; un sabio del Instituto, y, sobre todo, mis llorados León Valade y Pablo Foucher, cuñado de Víctor Hugo, el hombre más miope de Francia quizá que habiéndome pre-

sentado a él mi madre política como el novio de su hija, al salir del concierto Pasedeloup, sólo retuvo de mi fisonomía esto que les comunicaba a cuantos podían interesarse en tal detalle: "He visto el otro día al futuro de la señorita M.... es prodigioso el pelo que tiene ese ehico!", y precisamente, por aquella época, empezaba yo a abocetar, y no "de mano muerta", la perfecta calvicie que me distingue hoy de algunos de mis contemporáneos, hasta de los más favorecidos, naturalmente, desde ese punto de vista... Charlaban los presentes de todo un poco en tanto llegaban los escasos invitados —vistas las circunstancias de la guerra y las noticias cada vez más malas—, entre los cuales figuraba el señor Pelletan (Camilo), un compañero de antigua fecha, poeta entonces y hasta autor de una comedia en verso que haría bien en imprimir, pues como muchos poemitas que solía leer con gusto a sus íntimos, tenía el buen sello banvillesco, con originalidad verdadera... La vida, que es tan barroca, ha hecho de este fantasista amable, vivaracho, niño bien a ratos, un hombre político, del que algunos que sin usurpación alguna pueden ponerse a la cabeza de los imbéciles del noticierismo parlamentario, han hecho la Tarasca y el Diablo, saliendo con las greñas revueltas de una caja de resorte, que todos conocen... y ninguno vió nunca.

Por fin bajó mi novia, toda rosada bajo un largo velo blanco. No mostraba ya la menor huella de su reciente convalecencia y había vuelto a ser, quizá un poco más fuerte, la nena de antes. Saludóme con una mirada en la que se leía entereza, la querida entereza de la víspera, y como la resolución de lo prometido "a pesar de todo". Su valor me infundió a mí más valor todavía, y con mano de juramento estreché la suya, también firme. Aquello era encantador, y con paso de conquista casi, escalé el estribo un tanto alto del segundo coche donde iban tres de los padrinos, entre ellos Pablo Foucher, el cual daba remate en aquel preciso momento a una frase que significaba que yo tendría mucha suerte caso de que nos concedieran el "conjungo", visto el terminante decreto de la víspera...

La ceremonia, siempre un tanto ridícula, del matrimonio civil, hecha algo más solemne precisamente por aquella inquietud que todos compartíamos en mayor o menor grado, comenzó por las lecturas de firmas sin fin. Después de lo cual el alcalde de barrio, que se había molestado en persona, por ser mi padre político personas de influencia con los "prohombres" del distrito, como consejero cantonal que era, si no me engaño, procedió con tartajosa voz a recitar los artículos del Código apropiados a la

circunstancia, y, por último, a la doble pregunta, fin de todo aquel tejemaneje:

—Consiente usted en tomar por esposa a la señorita Fulana de Tal? ¿Consiente usted en tomar por esposo al señor Zutano de Cual?

Ambas partes respondieron, a fe mía, con “voz alta e inteligible”.

El matrimonio religioso, que se celebró un cuarto de hora después en la iglesia de Nuestra Señora de Clignancourt, me importaba poco — ¿y diré que también a mi mujer le importaba un comino?—, pues a despecho del barniz que los miramientos sociales exigían todavía en aquellas eras remotas, no era mucho más creyente que yo ni que sus padres...

La única, pero “buena” particularidad de aquella última ceremonia, consistió para mí en la presencia en la sacristía de la señorita Luisa Michel, que en aquel tiempo vivía de dar lecciones y hábale dado algunas a mi mujer. No se había atrevido, me dijeron después, al noticiarme su presencia en la sacristía, pues yo no la conocía de vista, a acercármeme para felicitarme, según es de rigor; pero le entregó a mi mujer unos versos, en los que nos exhortaba a seguir siendo buenos ciudadanos, aplicándonos a la procreación para formar otros. Grande, ingenua, demasiado buen corazón, y tan grande, a pesar de tantos simpáticos errores.

P A U L V E R L A I N E

¡Y arrea cochero, para el almuerzo en la calle de Nicolet, el té y el piano hasta las diez... y la noche nupcial!